

TEOSOFIA NATURAL

Por: ERNEST WOOD

VII. GURUES E INSTRUCTORES

Para comprender el objeto que un Gurú o Instructor Espiritual tiene a la vista es preciso tener en cuenta el significado principal de la Iniciación. A la más alta Iniciación para los seres humanos se la suele llamar adeptado y se les considera a los incluidos en esta denominación consumados o plenamente expertos en el manejo de todos los planos; es decir, en la expresión de la vida. Pero como la vida misma es lo que importa, podemos definir la Iniciación como el principio de nuestra verdadera vida y al mismo tiempo “el término de nuestra serie de encarnaciones”, que son limitaciones voluntarias, o mejor dicho, concentraciones de nuestra vida, como la del jardinero que coge una azada para cavar, sin poder al mismo tiempo emplear sus manos en otras cosas.

La Iniciación es el fin del proceso educativo y el principio de nuestra vida madura. Una vez conseguido, ya no somos como los niños de la escuela, que tienen que ir a las nueve a la clase de Historia; a las diez, a la de Música; a las once, a la de Matemáticas, y así sucesivamente, concentrándose cada vez en una materia para instruirse en ellas. Somos como personas adultas que han aprendido todas las materias de su empeño y pueden aplicarlas a sus negocios de la vida.

La Iniciación es, pues, el principio de la verdadera vida, en que los poderes que han mostrado su carácter creativo, por grados, durante el curso de su evolución, están en ejercicio, después de haber adquirido su pleno desarrollo. El pensamiento ha adquirido ya tal poder, que no necesita de la limitación de los ojos para ver. En el período de aprendizaje de la vida ordinaria de encarnados vemos porque nuestra visión se halla obstruida o limitada.

Si pudiéramos ver perfectamente a través de la pared, no podríamos ver la pared, porque sería como un vidrio perfectamente transparente. La visión de la vida despierta no requiere tales restricciones porque su poder está maduro. La voluntad, desarrollada ya, enfoca ahora la visión donde quiera que sea requerida.

Imaginaos, pues, un mundo de vida en que no hay materia, restricción externa, aunque se halla presente toda la realidad y toda la infinita variedad en que nosotros pensamos respecto al mundo material. Esta variedad del mundo jamás perteneció a él sino que tuvo su origen en la vida, que expresa sus variedades en el mundo. El mundo de la vida es más importante -no menos- que el de la materia, porque éste no es más que limitación de aquel o sea concentración en el mundo de la vida. Así, pues, si se nos permite el símil, hasta los granos de arena de las orillas del océano de vida son mónadas despiertas, gloriosos Budas. Lo que llamamos el mundo de materia está allí todavía, pero para estos gloriosos seres forma parte del mundo de la vida y no presenta restricciones. Las formas del espacio y las formas del tiempo están allí, pero sin restricciones.

Esta iniciación plena, o el principio de la verdadera vida, es la mira de cada uno de nosotros, y el objeto de todo Instructor espiritual es conducirnos a tal estado. Al Gurú se le puede considerar en posición de algo así como padre. No son los padres los que dan nacimiento a la vida del hijo sino al cuerpo en que entra éste de acuerdo con su karma.

No da el Instructor conocimiento al discípulo. Si el niño no aprende la Aritmética, no la sabrá nunca por sabio que sea el instructor. Y en el mismo caso se encuentra el Instructor o Maestro. No puede dar la vida al aspirante, que deberá crecer por el ejercicio de sus propios poderes.

El Gurú no es un hombre ordinario, sino una mónada despierta o vida libre; y la apariencia del Gurú o Maestro no es más que un instrumento para un propósito limitado aunque lo usa libremente.

El ser que ve el discípulo, el hombre hermoso, de cabellera, ojos y semblante que enloquecerían a un discípulo de temperamento poético, no es el Maestro mismo, que quiere conducirnos a su mundo. Podrá decirnos que la plenitud hay que ganarla por el esfuerzo (voluntad, amor e inteligencia) y mostrarnos la expresión más perfecta de los poderes creativos de la vida en forma humana; pero todo ello, sólo mostrará la obra y no la vida. Quiere que el discípulo encuentre la vida.

El mundo de los Maestros es el mundo de la vida. La música sin tacha de la vida de un Maestro es la expresión de su maestría; pero no le conoceremos por su música. Los miembros de un caballo de carrera son hermosos, y han llegado a serlo porque la vida, empeñándose en correr en la forma de este animal, ha producido una expresión de sí misma. Otro caballo no podría desarrollar sus piernas por sí mismo con sólo admirar los exquisitos miembros de un caballo de carreras, sino desarrollando la vida en el deseo de correr. Y, si se acercara a él y le dijera: “ten la bondad de enseñarme a convertir mis piernas en hermosas como las tuyas”, el corredor podría replicarle con razón: “obrarías mejor olvidando la belleza de las piernas y poniendo todo tu empeño en correr bien. La belleza vendrá por sí misma porque no es más que la expresión de la vida”.

La vida unifica y coordina todo lo que toca: es la unidad en la diversidad, que abre nuestros ojos a la visión de la vida, que por sí es belleza. Los Maestros no quieren nuestra alabanza, devoción personal u obediencia, si no es la obediencia a su consejo, siempre infalible, de que nos esforcemos en expresar la plenitud de nuestra vida por nuestra voluntad, amor e inteligencia. Como uno de ellos escribió a Mr. Sinnett :

El hecho es que hasta la última y suprema Iniciación se deja al discípulo a su propio ingenio y deliberación. Nosotros hemos de dar nuestras propias batallas y el adagio familiar “el Adepto se hace y no se le hace” es una verdad al pie de la letra.

Si uno ama primero al Gurú y después a la vida, pierde la realidad, porque en la forma humana, aun en la egoica, no es él un ideal, y fácilmente puede convertirse en una ilusión. Cada uno de nosotros es exactamente lo que es; y desde este punto de vista ha de evolucionar; y sólo en libertad puede hacerlo. Por tanto, como escribió una vez un filósofo: toda limitación es suicidio. Hemos de realizar nuestra obra aunque sea la obra de un niño. A veces, cuando uno oye preguntar por qué no intervienen los Maestros cuando van mal las cosas, aun cuando se arrastran sus nombres por el suelo, pienso que debería contestarse: “porque estos entretenimientos son propios de los niños”.

Las condiciones pueden ser penosas para algunos de nosotros; pero razón de más para ejercitarnos en la comprensión y el amor; mayores oportunidades para la expresión de nuestra fuerza. Yo puedo comprender que los Maestros ven un beneficio dondequiera que se trata de expresar la vida, aun cuando acompañen serios defectos. He aquí un ejemplo crudo, casi espantoso: la ligadura de los pies en China. Esto no se ha hecho, como algunos han

sugerido, para tener a las mujeres sujetas a los hombres, sino, como han manifestado muchos poetas chinos, como afirmación de la superioridad humana sobre la tierra; para que las mujeres no sean toscas y terrenales como los hombres sino delicadas como las flores, que se inclinan ligeramente sobre su delicado tallo. Fué un intento de expresar belleza y espiritualidad; algo así como el uso peculiar del corsé occidental. Por más ignorancia que revelen estas cosas, llevaban buena intención; y eran, por tanto, en su grado, una expresión de la vida. Era como si un caballito insensato quisiera para sí la belleza de los miembros de un caballo de carreras y creyera que puede alcanzarla por medios externos, pero los hombres realizan cada día más el poder de la vida, no digo la vida interna porque la palabra interna es un remiendo peligroso de la jerigonza.

Los errores se extienden a gran lejanía y altura. Yo he oído hablar de personas amantes de sus prójimos que, tratándose de ciertas ideas religiosas, pueden decir: "Sí, es probable que sean falsas; pero hacen bien; hacen a la gente dulce y benévola".

Tales personas no tienen en cuenta que la verdad, la bondad y la belleza no pueden separarse; que la ausencia de cualquiera de ellas coloca al obstructor frente al correspondiente aspecto de la vida. Son los ceñidores de pies del reino moral. También preguntan por qué los Maestros no se muestran más. Es seguramente porque tales exhibiciones serían peligrosas; y el peligro principal está quizá en la incorrecta devoción externa, que hemos considerado ya, y el siguiente peligro será probablemente que la visión de los maestros amenguaría el esfuerzo por dos razones: el descorazonamiento que produciría en ellos el sentimiento de su inferioridad y la satisfacción con que abandonarían su conocimiento y perfección diciendo: "Los Maestros saben que todo va bien y no necesitamos molestarlos. Mientras ellos existan, todo irá bien en el mundo".

No conviene a la humanidad aproximarse demasiado al genio y a la gloria, aun siendo el genio espiritual. El que habla muy bien impone silencio a muchos. Es una de las desventajas de la facilidad actual de viajar que el genio se imponga al mundo y destruya el término medio del talento. Nuestro pianista de Budapest o Polonia ridiculiza la música del hogar y nuestra prensa ha matado al poeta aldeano.

No nos ciegan así los Gurús con su plena radiación ni exponen cuadros en la misma galería que los nuestros.

En una de las cartas decía a Mr. Sinnett el Maestro que jamás darían ellos una prueba satisfactoria de su existencia. Si lo hicieran, la mayor parte de la gente dejaría de luchar. Únicamente se puede dar a los pocos que se han despertado ya en tal extensión de la importancia de la vida en sí mismos y en los demás que nada puede sofocar sus esfuerzos. A ellos puede darse a conocer el Maestro como hombre, como amigo, sabio y protector y aún como instructor y maestro; y aún así la relación tiene generalmente carácter impersonal aunque el discípulo puede personalizar la memoria de tales contactos.

Hay un principio colectivo o fraternal en el conocimiento y las ideas como lo hay en gran extensión en las cosas materiales.

Si dos personas tienen la misma idea, se trata de la única y misma idea y no de dos ideas que son lo mismo. El que ha purificado su vida hasta tal punto que ya no responde constantemente a los estímulos groseros y ha desarrollado tanto su inteligencia que puede prender grandes ideas, acuerda mejor que otros con los Maestros. Hay ya comunidad de pensamientos elevados. En conexión con este principio, escribió el Maestro K. R. a Mr. Sinnett:

Para facilitar la comprensión de las teorías, extremadamente obtusas y a primera vista “incomprensibles” de nuestra doctrina oculta, no permitáis jamás que se perturbe la serenidad de vuestra mente durante las horas de vuestra labor literaria ni antes de poner os a la obra. En la superficie serena y plácida de la mente tranquila encuentran las visiones reunidas de lo invisible una representación en el mundo visible. En vano buscaríais de otro modo estas visiones, estos resplandores de súbita luz que tantos problemas secundarios han ayudado a resolver y que son los que únicamente pueden presentar la verdad ante los ojos del alma.

Con exquisito cuidado hemos de preservar nuestro plano de la mente de todas las influencias adversas que diariamente surgen en nuestra jornada a través de la vida terrena.

Por supuesto que en este caso no se trataba de que Mr. Sinnett presentara su conocimiento como procedente del Maestro, sino para su inteligencia, de un abismo de comprensión que puede llamarse su plano mental porque son muy pocos los demás que lo hayan alcanzado. Los pensamientos del Maestro pueden considerarse con acierto como órdenes para los predispuestos a mirarlos de este modo y que no se paran a reflexionar que la inteligencia no está separada de la voluntad; que el conocimiento claro incita a la acción.

Un ejemplo interesante de contacto con este plano mental lo dió la Dra. Besant en las notas de Watch-Tower de *The Theosophist* de enero último. Notaba que su Maestro, el Choan Morya, la hizo entrar en la política India en 1877; y esto ocurrió unos doce años antes de entrar ella en la Sociedad Teosófica o de tener creencia alguna definida de los Maestros. Retrospectivamente reconoció la relación que existía antes de saberlo ella. No se ha de suponer que se puso a la obra sólo por la indicación de hacerlo así; el corazón y la voluntad saltaron fuera en armonía con la idea o inteligencia. Si la intuición de nuestra propia voluntad no es la fuente de nuestra acción, la vida se halla interceptada o amortiguada, y como nuestra evolución va en proporción a la cantidad de vida en actividad, los mandatos ajenos obran como obstrutores. Esto establece el contacto con los Gurús sobre una base razonable. Cada uno debe decidir por sí mismo lo que ha de hacer en toda ocasión; cómo emplear su tiempo, donde colocar su simpatía, su dinero, su energía. Si sus decisiones proceden del plano mental de los Maestros, son también suyas, aunque contienen los frutos de un afecto divino; y si proceden de los gobernadores del mundo él es de los gobernadores, y su mente, haya o no alcanzado este grado, es en totalidad resultado de su propio esfuerzo, porque se ha desarrollado como los miembros de un caballo de carreras.

No se puede dividir los llamados Maestro y discípulo en dos entidades una de las cuales dirige a la otra; y por eso se ha dicho muchas veces que el propio yo superior es el Maestro. No me agrada la expresión *yo superior*, pero puede decirse con seguridad que el ser su propio yo superior implica estar en contacto con su Maestro.

Todas las verdaderas intuiciones tienen que ver con los Maestros; e inversamente, la asociación con la apariencia o cuerpo de un Maestro en cualquier plano de parte de quien no es **alin** su propio yo superior, no supone contacto con el Maestro porque no le podría comprender. Sólo hay un modo de asociarse con un Maestro, como tal: desde dentro, por nuestro propio poder viviente. Yo conozco a uno que ha sido (o cree haber sido) consciente de un Maestro por espacio de muchos años, que decía que hace algún tiempo se le hizo patente como forma visible y le reprendió diciendo: «No debes hacer esa distinción entre nosotros; lo que haces tú hago yo,» Este Maestro ha sido un Instructor para él. El modo de instruir de Ellos es ayudar al discípulo a crecer subjetivamente; pero este amigo cayó en el erróneo hábito de mirarlo como instrucción desde fuera o externa.

Los Gurús son, pues, como el sol. No necesitamos adorar al sol ni requerirle para que brille más y más; lo que necesitamos es hacer uso de sus radiaciones. En todo esto el ejemplo de los niños es un guía excelente. No se contentan con observar y admirar a sus mayores sino que han de entregarse enseguida a la obra de realizar por sí mismos lo que ha captado su imaginación. No tienen la psicología de las muchedumbres que presencian un partido de futbol o leen novelas como substitutos de la vida. El Gurú ortodoxo es una cosa demasiado externa como el dios ortodoxo.

Traducido de *The Theosophist* por JUAN ZAVALA.

(El siguiente artículo de esta serie tratará de Religión).